

EDUCAR Y REEDUCAR PARA RECONSTRUIR

(NOTA DE PEDAGOGÍA FILOSÓFICA Y DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL)

Tras las ruinas acumuladas por la guerra a lo largo de los senderos de la civilización milenaria, generalmente nos detenemos doloridos delante de las obras de arte destruídas, de los puentes hundidos, de las ciudades devastadas, de los puertos que han quedado inútiles. Pero el estudioso que guarda en el fondo de su alma todos los fenómenos y acontecimientos históricos se ve obligado a comprobar la existencia de ruinas mucho más dolorosas (a las cuales la gente superficial no concede la debida importancia) y pérdidas más graves. Son aquellas que afectan al mundo moral: la disminución general del nivel moral, la debilitación de la conciencia y del sentido moral. La verdadera víctima de esta guerra ha sido la conciencia individual y social, que pereció entre el estrépito de las armas y el fragor de los bombardeos, en la propaganda del periódico y de la radio, incitando al odio y al desprecio de la vida humana. El oscurecimiento de los valores espirituales y morales de la postguerra es peor que el oscurecimiento de las ciudades en tiempo de guerra para defenderlas de los bombardeos aéreos.

Por esto, mientras los estadistas, grandes y pequeños, los políticos y los economistas están completamente absorbidos en proyectos de paz y de reconstrucción material, formulando planes y proyectos financieros, el estudioso, y de un modo particular el pedagogo, debe prestar su clarividente cooperación sugiriendo un «plan» y un método que sirvan para reconstruir las ruinas morales mediante una sabia acción educativa y reeducativa, a fin de que la reconstrucción mundial sea integral. Cualquiera que tenga la difícil misión de ser maestro de la vida y de las costumbres, debe añadir a la citada reconstrucción la «reconstrucción» del sentido moral, de la conciencia. Es necesario comenzar a reconstruir basándose en la acción formativa de una «sensibilidad moral» que impulse a las nuevas generaciones hacia todo lo que es elevado y noble, a conocer y obrar cuanto es bello y bueno.

Cualquiera que tenga la noble misión de formar la con-

ciencia (pedagogos, padres y maestros) no debe olvidar que la formación y el desarrollo del «sentido moral» es una de las tareas verdaderamente humanas a realizar en esta vida.

En realidad, una tarea o misión verdaderamente humana es la construcción del organismo moral, del cual es una parte importante el sentido moral. Se puede instituir un paralelo entre la vida psico-fisiológica y la moral, como lo ha señalado ya un sabio alemán, Fechner.

La vida del hombre se puede decir que abraza tres estados:

a) El primero, de igual duración para todos (cerca de nueve meses), va desde la concepción al nacimiento.

b) El segundo, cuya duración varía, va desde el nacimiento hasta la muerte, la cual, en el fondo, es más bien un renacimiento a la verdadera vida, a la vida que se halla fuera del tiempo y del espacio, a la vida inmortal del espíritu: el tercer y definitivo estado.

La primera fase sirve para preparar nuestro organismo físico, los órganos necesarios para vivir el segundo estado de vida. La segunda fase sirve para construir el organismo moral necesario para poder ascender al tercer estado de vida, la futura, aquella que es definitiva y eterna.

En la primera vida el individuo humano no se distingue del individuo materno y no se encuentra en sociedad con los demás; por lo cual no tiene un fin individual o personal que conseguir con su inteligencia y voluntad. En la segunda, el individuo, ya separado del claustro materno, no está más solo, sino en sociedad con otros muchos: la familia, la ciudad, la *polis*, la nación, el mundo. Como individuo y como miembro de la sociedad, tiende con la inteligencia y con la voluntad a la consecución de un fin. En la tercera vida el individuo continúa siendo distinto de los demás, pero ya no está en sociedad con ellos para asegurar un fin; hay una perfecta comunión en el goce del fin conseguido y poseído, como enseña la doctrina católica.

En la primera vida, el individuo humano vive en las tinieblas del seno materno, tinieblas reales y metafóricas, sin la luz del sol ni de la inteligencia, de la cual todavía no hace uso. En la segunda vive en una alternativa incesante de luz y tinieblas; en la tercera, o en la luz de Dios y del fin alcanzado, o en las tinieblas del caos y del fin perdido.

Este paralelismo, apenas esbozado, debe servir para ilustrar el objeto principal del presente estudio, que se refiere a

la educación del sentido moral, a la reeducación moral mediante la reconstrucción integral del mundo humano, que tantas ruinas ha sufrido por todas partes, entre vencidos y vencedores, en la riña fraterna por un plato de lentejas, terminada en sangre, crueldad y estragos.

Observemos que la primera fase de la vida sirve para proveer al individuo que está en el seno materno, el embrión, del organismo biológico necesario para vivir el segundo estado de vida: corazón, pulmones, cerebro, etc. Pero esta acción que forma al organismo biológico es toda ella obra de la naturaleza por medio de la madre: es una vida simplemente fisiológica. Por el contrario, en la segunda vida todo individuo debe procurar fabricarse con su inteligencia y con su voluntad el organismo moral o metafórico que le es necesario para poder alcanzar el tercer estado de vida. Por lo tanto, su inteligencia y su voluntad se enderezan, o deben enderezarse por lo menos, hacia un fin; deben ser orientadas hacia esta meta, vivir la vida psíquica y moral además de la puramente fisiológica, que es común a todos los animales.

Observa justamente Blondel que una de las tareas principales de la inteligencia es fabricar instrumentos y máquinas y modificar indefinidamente la construcción. El *homo oeconomicus*, o el *homo faber*, por ser el *homo sapiens*, tiende a transformar también la materia en un instrumento de acción y de vida, es decir, en un órgano.

La vida, no satisfecha con producir organismos vivientes, les da además como apéndice la materia inorgánica, convertida por el ser inteligente en un inmenso órgano o instrumento de actividad. Y no es esto sólo, sino que dicha vida intelectual no sólo produce órganos e instrumentos y máquinas materiales, sino que tiene también la facultad de producir instrumentos espirituales, el organismo moral, el *homo moralis*. Hay todavía más: la vida intelectual, puesto que está unida a la voluntad libre, está en este segundo estado en que nos encontramos, en la necesidad moral de producir tal organismo espiritual.

El significado de la vida humana en el tiempo y en el espacio es el valor resultante del deber moral, de la misión que cada hombre debe realizar: ser el artífice del propio destino mediante la construcción de un organismo espiritual y moral.

La naturaleza, o mejor dicho, el Autor de la naturaleza

humana, pone en la mano de todo hombre un bloque de mármol tosco e informe. Con él, de la misma manera que Miguel Ángel esculpió la maravillosa estatua de Moisés, todo hombre, convertido en artífice y artista, trabajando con el buril y con el martillo, debe esculpir una estatua todavía más bella, porque pertenece a un arte superior: el hombre moral, el cristiano, el ciudadano de la patria terrena que ama a los ciudadanos de las otras patrias y que aspira a ser ciudadano de la Patria celestial. Se nace en esta vida como la crisálida, en forma de capullo imperfecto, para llegar a ser una «ángel al mariposa».

Transformar el capullo en ángel, sacar de la crisálida el hombre perfecto y completo, es el fin de este segundo estado de vida social, es el significado y valor de la vida del tiempo en el espacio, donde se orientan todas las energías, como impone una ley superior moral heterónoma, para conseguir en la tercera vida, la de Dios, la perfecta felicidad.

Esta especie de introducción debe servir para exponer el cuadro general en el cual se debe insertar la obra de la educación y reeducación del sentido moral. Después se puede pasar a considerar tres puntos particulares:

- 1) Qué se entiende por «sentido moral» y en qué consiste la obra de la educación o formación del mismo.
- 2) La metodología o didáctica de la tarea de formación del «sentido moral» con los factores naturales y sobrenaturales.
- 3) Las cimas o ideales que se han de alcanzar con esta educación del sentido moral.

El organismo moral tiene una realidad polifacética, puesto que presenta muchos aspectos. Es un todo viviente, que consta de muchas partes: inteligencia, voluntad, sensibilidad, conciencia, ley, sanción, responsabilidad.

El sentido moral ocupa en él un puesto importante, puesto que es el resultado de tres fuerzas vitales del organismo moral: inteligencia, voluntad y sensibilidad.

En realidad, la palabra «moral» se refiere a acciones que se hallan conformes con una norma, con un fin, con una ley, con un ideal bueno a conseguir. Y de ahí se desprende la necesidad de una acción orientada. Ahora bien: la orientación, la luz, no puede venir más que de la inteligencia, que nos muestra la estrella polar: el fin, y los medios que conducen a él; es decir, es preciso conocer la ley que manda o prohíbe las acciones que tienden al fin o que nos alejan de él.

Pero no es sólo la inteligencia. La MORAL dice también : obra.

La inteligencia muestra lo que hay que hacer ; pero el valor imperativo de una idea acude a ella de las tendencias psíquicas con las cuales se integra y que la ponen por obra en aquello que ella les orienta. Se requiere, por lo tanto, un segundo elemento : la tendencia. Ahora bien, en el hombre, como lo demuestra Santo Tomás, siguiendo a Aristóteles, son dos tendencias, dado que toda forma o perfección va seguida de una inclinación natural, de una fuerza por la cual tendemos a apropiarnos realmente de aquello que sólo idealmente, con el conocimiento, es nuestro.

Pero como en nosotros el conocimiento intelectual se combina con el sensible (puesto que toda idea tiene su origen en las sensaciones y se representa a la memoria con el concurso y actuación de las imágenes sensibles), se sigue de ello que la inclinación vital del hombre, su tendencia apetitiva, será doble. De aquí que haya dos especies de tendencias o inclinaciones psíquicas del Yo, compuesto de espíritu y materia ; tendencias volitivas y tendencias sensibles.

Gillet compara, con razón, nuestro impulso vital a un órgano de dos teclados : el de las pasiones sensibles y el de los sentimientos voluntarios. Precisamente aquí interviene la acción educativa, que por medio de la inteligencia debe iluminar y atraer a la voluntad y sujetar a la sensibilidad, con lo cual polariza todas las energías vitales alrededor del fin que se intenta alcanzar. La acción educativa debe saber acoplar los dos teclados según lo que juzgue la recta razón o inteligencia. Así se obtendrá una voluntad que depende de la inteligencia que ilumina y una sensibilidad sometida a la voluntad que la domina. Se tendrá además la ventaja de que la voluntad actuará sobre la inteligencia reforzando el poder educativo o formativo de la idea, mientras la sensibilidad, reaccionando sobre la voluntad, facilitará e intensificará su impulso.

Este es el fin y esta es la misión de la educación (o reeducación en el segundo caso) del «sentido moral». No será inoportuna una consideración particular sobre esta acción formativa del «sentido moral» a fin de ilustrar acerca de los medios de conseguirla.

La Educación, en general, comprende «todo un complejo continuado de actos directivos, ordenados a un determinado fin, de forma que un acto se relacione por su calidad con los

anteriores, progresando así continuamente hacia la meta prefijada».

Esta continuidad de actos asegura la consolidación de las ventajas obtenidas mediante la costumbre, que hace del buen obrar casi una segunda naturaleza.

Por lo que se refiere a la acción formativa del sentido moral se advierte una cosa de gran importancia para nuestro argumento. La educación del sentido moral no es una *creatio ex nihilo*, sino por el contrario, representa el desarrollo y perfeccionamiento de todo aquello que existe en la naturaleza. No hay que formar todo el sentido moral, puesto que, como nos enseña Santo Tomás, el Autor de la naturaleza ha depositado en el alma de todo hombre casi un germen de este sentido moral, la *sindéresis* o hábito de los supremos principios prácticos o morales: *synderesis aut habitus innatus primorum principiorum practicorum*. Aduce Santo Tomás como prueba de su aserto, una observación psicológica, que para su tiempo era casi una adivinación de lo que la ciencia ha descubierto más tarde y que el Doctor Angélico afirmó en virtud de ciertas premisas filosóficas. «Así como algunos nacen, dice Santo Tomás, con algunas inclinaciones a determinados vicios o virtudes, por ejemplo, a la iracundia o a la castidad, siendo debidas estas inclinaciones a las particulares disposiciones del cuerpo diferente que cada uno tiene por naturaleza, así también todos los hombres, por tener el alma igual, nacen con una inclinación a conocer los supremos principios o axiomas teóricos y prácticos o morales» (1).

Esta disposición innata impulsa e inclina a todos los hombres a conocer con certeza y necesidad, infaliblemente y con facilidad los principios y axiomas teóricos y prácticos y entre estos últimos el más fundamental: se debe hacer el bien y evitar el mal. Es una fuerza instintiva de nuestro Yo, que todavía no está suficientemente clara desde el punto de vista filosófico, pero que acaso podría vincularse al *animi naturaliter christiana*, de la cual habla Tertuliano, germen de sensibilidad y finura moral que sirve para dar presteza en el obrar al principio, infalibilidad para distinguir el bien del mal, por lo menos en sus leyes primarias y facilidad y mayor perfección en el cumplimiento del bien. Debido a este conocimiento y a esta fuerza instintiva nos vemos impulsados a obrar de

(1) «Summa Theologica», Pars I, Iae, questio 51, art. 1, corpues.

conformidad con los dictados de la recta razón, y así sentimos la gloria y el gusto del bien, el horror del mal y el remordimiento en el caso de que éste se realice.

Por lo tanto, hay en todo hombre un elemento del sentido moral innato, que necesita, como cualquier otro germen, ser desarrollado. Esta es la misión de la acción educativa, formativa o reformadora. Es decir, es preciso, con la repetición de los actos de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad, que el germen innato dé la planta completa o hábito formal, que será la fuerza misma e irresistible de la voluntad, la rectitud con respecto a la inteligencia y la delicadeza de la sensibilidad. Aumentará no sólo el instinto de benevolencia y de justicia (preciosas inspiradoras de rectitud en el obrar), sino también el instintivo horror al mal, a todo lo que sea fraude, violencia, hipocresía.

Si, por el contrario, no se cuida el desarrollo normal de este germen, la inteligencia se ofusca poco a poco; la voluntad se debilita, las pasiones de la parte inferior (la yesca de la concupiscencia) se recrudecen; el horror al mal se convierte primero en indiferencia, después en facilidad de hacer el mal y, por fin, en esclavitud a las bajas pasiones con la dificultad de hacer el bien. Luego llega la atrofia del órgano o del sentido y de la conciencia moral: lo cual equivale a la pérdida de la sensibilidad y delicadeza moral.

Concluyendo, por tanto, esta primera parte de nuestro estudio, se puede afirmar que el concepto de educación del sentido moral comprende:

- a) Habituarse a la inteligencia a que conozca o vea el bien y a juzgar rectamente.
- b) Habituarse a la voluntad a que obre con prontitud y facilidad, siguiendo la luz recibida de la inteligencia por medio de la idea.
- c) Habituarse, en fin, a la sensibilidad para que en lugar de obrar en contra de la voluntad, actúe en perfecta armonía con ella.

Pasando al método que una sana y recta didáctica sugiere para la formación y desarrollo del sentido moral, es necesario insistir sobre la primacía que hay que conceder a la voluntad, al corazón, a la educación del carácter.

Es un grave error, desde el punto de vista pedagógico, cuidarse única o principalmente de la instrucción de la inteligencia, que es un elemento parcial de la educación huma-

na para la vida social, en la cual vale más una gota de bondad que un océano de ingenio.

El pedagogo que se preocupe por la suerte de la futura humanidad en la esperanza de que crezca mejor que la presente, debe reclamar la atención de los políticos de todas las naciones —excepto acaso para España, donde una sana política en el campo de la enseñanza concede la importancia que se debe al elemento moral y religioso—, sobre la grave laguna que presenta la educación oficial o gubernativa, que se gloria de ser laica y que se cuida sólo de la inteligencia, descuidando la voluntad, el corazón, el carácter y el sentido religioso y moral del deber.

Y lo que es peor, casi toda la instrucción oficial moderna, con sus programas gigantescos, más que para educar la inteligencia sirve para desarrollar la memoria, facultad pasiva por excelencia, que se alimenta de palabras y de fórmulas, sin preocuparse de la verdad del contenido objetivo de ellas.

Ahora bien, ésta ni siquiera merece el nombre de educación, porque «educar» supone «actividad», mientras que la memoria es pura pasividad. Por esto la educación laica posterior al Iluminismo ha querido enseñar nociones enciclopédicas de memoria y sin vida y ha producido y produce en la práctica una vida sin convicciones y sin honradez.

Con el desarrollo de esta facultad pasiva se podrá hacer de un individuo cualquier cosa, pero jamás una personalidad. Para ésta se requiere inteligencia y, sobre todo, carácter. Se tendrá un hombre incompleto o defectuoso si a la memoria y a la inteligencia no se añade la bondad moral, el carácter; porque el elemento formativo intelectual es un elemento amoral, que podría también emplearse en hacer el mal, y en tal caso convertirse en inmoral.

Por lo tanto, el elemento básico de la educación del sentido moral es la voluntad. La inteligencia muchas veces ve rectamente, pero la voluntad es sorda a los llamamientos de la razón. No tienen veinte siglos de antigüedad, sino que son de todos los tiempos las palabras de Horacio: *Video bona proboque, deteriora sequor*.

Corresponde a la idea impulsar iluminando, pero le corresponde a la voluntad hacer que la idea-luz se convierta en idea-fuerza, pasando de idea-indicativa a idea-imperativa.

Pero la didáctica de la educación en general, y de la formación del sentido moral en particular, enseña que después de

la voluntad no se puede descuidar la sensibilidad, especialmente la educación de la fantasía.

En realidad, la educación o reeducación del sentido moral tiene por fin principal, por objeto directo, el acto verdaderamente humano: aquel que es libre, el único que puede asumir la condición o forma de «moral». Hay que influir sobre él, para iluminarlo, fortificarlo, facilitarlo. Ahora bien; para lograr este fin, será un buen método preocuparse no sólo del coeficiente «calidad de los actos», sino también del otro, «cantidad o conjunto de los actos».

Es necesario, por tanto, educar además de los actos libres, también aquellos más o menos espontáneos, acaso inconscientes, que los preparan o acompañan. De este conjunto de actos que acompañan al acto libre o moral es preciso tener particularmente presente aquel que se refiere a la fantasía. Esta facultad se debe educar y formar con arreglo a la razón, a la cual debe estar sometida, siguiendo el principio metafísico de Aristóteles de que lo inferior debe estar supeditado a lo superior y no viceversa. La fantasía, por lo tanto, en el aspecto educativo sirve de auxiliar de la inteligencia y de la voluntad. Si la sensibilidad y la voluntad son dos teclados que van acoplados, es claro que este acompañamiento significa subordinación de la sensibilidad a la voluntad.

Pero hay una idea preconcebida que se halla muy extendida y que la buena pedagogía debe encargarse de borrar: la de creer que no es posible la educación de la sensibilidad y especialmente de la fantasía, de tal modo que quede subordinada a la voluntad.

En realidad, la fantasía es una facultad fisiológica y además psicológica o perceptiva. Como facultad fisiológica es el vehículo de las impresiones de los sentidos inferiores, externos, a fin de que lleguen al intelecto abstracto o activo. Y por esto es casi el preludio de los actos de la razón y de la voluntad, no sólo porque prepara la materia de ellas, sino porque además la matiza, la embellece, la engrandece, la combina en el complejo de los sentidos con los otros actos. Así su influjo sobre la inteligencia y sobre la voluntad es tal que puede llegar a turbar el equilibrio psíquico, como ocurre en la locura, en los éxtasis, en los fenómenos de alucinación de los enfermos psicopáticos y en los casos de sugestión individual y colectiva, tomando en todos estos casos, parcial o totalmente, la libertad y la responsabilidad moral de los actos.

Como facultad fisiológica necesita ser educada de modo que

pueda ayudar a la vida psíquica y moral; es decir, obrar de manera que no peque por exceso (para que no se vuelva extraña, caprichosa, puntillosa, hipersensible, histérica), ni por defecto, de suerte que, enervándose o languideciendo, se vuelva apática o abúlica.

Sobre todo hay que educarla como facultad psicológica. Esta educación es llamada por los modernos «estética» o simplemente «de la sensibilidad». Afecta a la educación del gusto. En nuestro caso, a la educación del buen gusto social, basado en el sentido de la medida, de la conveniencia y de la delicadeza en todas sus formas: gusto por el orden y la exactitud incluso en las cosas pequeñas. Y al estar mejor educado el gusto, será mayor la corrección de los modales, la moderación de los sentimientos y el buen sentido.

Desgraciadamente, no faltan filósofos que, no pudiendo llegar a la concepción de lo bello y de lo honrado, se han entregado al estudio del bien útil y del provecho egoísta, de la moral de la fuerza y del éxito en política (que es la peor moral y el origen de una pésima política). El positivismo filosófico, sociológico y político, no tiene en cuenta debidamente lo bello, la finura del gusto, y permanece insensible delante de la sugestiva belleza del orden moral.

Para prevenir a las generaciones jóvenes (especialmente a las clases dirigentes) de este peligro, aquellos que tienen la responsabilidad y la misión de educar deben poner de relieve el amor al bien honesto, a la belleza estética en las relaciones sociales, al altruismo, a todo lo que hay de elevado y digno. Así se sentirá mejor la voz de la conciencia que aprueba o remuerde, se entreverá la meta sublime del deber en un halo de luz que la hace atrayente aunque difícil, la voluntad se armará de generosidad y caballerosidad para todo lo que es elevado. En resumen: una educación estética social de esta clase hará sentir, a los jóvenes sobre todo, el orgullo legítimo de ser caballeros de ese gran rey que es el Bien, de esa dama que es la Virtud, de ese ejército glorioso que es la tropa de los honrados; hará gustar la grandeza del sacrificio oculto por Dios, la familia, la sociedad, la patria y toda la humanidad. Hubo ciertamente una gran educación de la sensibilidad que pudo escribir: *dulce et decorum est pro patria mori*; pero hay una mayor que, poniendo en práctica estas palabras, siente en realidad el gusto de vivir (y si es necesario también el gusto de morir) por una elevada idea altruista: la familia, el prójimo, cualquiera que se vea atenazado por el sufrimiento.

El segundo grado de la educación del sentido moral es cuidar de la formación de la sensibilidad de las facultades superiores: voluntad e inteligencia. Ya se indicó que la idea-luz precede a la tendencia o inclinación de la voluntad. Por lo tanto, es necesario, para formar el hombre integral, educar la inteligencia para que sepa distinguir las ideas pasándolas por el tupido tamiz de un criterio recto; habituar a la razón a juzgar las cosas, no bajo el estrecho punto de vista de los intereses egoístas, individuales o nacionales, sino bajo el sentido amplio de los valores universales; no con arreglo al placer, a la utilidad y a la comodidad, sino de acuerdo con la belleza, el bien y la honestidad.

Es además necesario educar a la inteligencia no sólo a querer el bien (rectitud), sino a quererlo:

- a) a tiempo (prudencia);
- b) con prontitud (diligencia),
- c) y con valor (fortaleza).

En cuanto a la voluntad, se pueden poner de relieve dos puntos: la posibilidad y la utilidad de la educación de esta facultad superior.

Dicha educación es posible, es más realizable que las otras, puesto que, escapando de la férrea ley de la necesidad, es susceptible de un perfeccionamiento libre, fruto del hábito producido por la educación. De suerte que es por medio de la voluntad libre como se pueden educar las otras facultades, por cuanto la voluntad puede lograr dominarlas, excitarlas, afinarlas, reprimirlas o fortificarlas. Negar la posibilidad de esta labor formativa equivale a destruir el libre arbitrio, admitir que el hombre está determinado necesariamente por la naturaleza o por los factores ambientales.

Dicha educación es útil y necesaria, puesto que solamente con esta educación se puede resolver el problema humano individual y social; puesto que reproduce, en cierta medida, el Edén primitivo, con el ideal del hombre dueño de sus pasiones. Sin esta educación tendremos una nueva torre de Babel, en torno de la cual los hombres y los pueblos hermanos, debido al contraste de intereses, acabarán por no entenderse más, con la confusión de las lenguas y de las ideas.

La voluntad, mejor que la memoria y la inteligencia, domina los acontecimientos y hace la historia, rigiendo los destinos de los hombres y de los pueblos. Quien no eduque la voluntad dejará que sus alumnos sean presa de los instintos

de la parte inferior, con el peligro de que el germen innato de sensibilidad moral quede atrofiado, dejando en su lugar un terreno propicio para el desarrollo de los gérmenes mortíferos que podrán incluso destruir la conciencia moral, ahogándola bajo la espesa fronda del placer y del egoísmo. Este último decenio de historia nacional e internacional es bastante aleccionador a este propósito.

Si no se cultiva en los jóvenes la educación de la voluntad, tendremos:

- a) capricho y no razón;
- b) imposición y no derecho;
- c) egoísmo y no altruismo;
- d) pasiones ciegas y no buen sentido;

e) y, por fin, este doloroso epílogo: el fracaso de la solidaridad humana y el acudir a la fuerza de las armas para dirimir las controversias y juzgar lo recto y lo torcido.

Resumiendo la didáctica de la educación, o reeducación, del sentido moral, se puede decir que, como en la acción educativa corresponde la primacía al acto libre de la voluntad, es preciso dar mayor importancia a la formación del carácter. Vienen en segundo lugar la inteligencia y la fantasía, que deben colaborar con la voluntad, de modo que la sensibilidad de la parte inferior dependa de la de la parte superior.

Una vez expuesto el método general de educación del sentido y de la conciencia o sensibilidad moral, convendrá descender a algunos particulares y reclamar la atención de los educadores sobre algunos factores o coadyuvantes de la obra de la acción educativa.

Estos factores son de orden natural y de orden sobrenatural.

I) *Factores de orden natural.*

El primer factor de orden natural es el ambiente: la familia, los amigos, los compañeros, la escuela. Estos factores tienen una influencia considerable en la formación de la fantasía y de la inteligencia: según que el ambiente sea bueno o sea malo se generará sensibilidad o insensibilidad.

El secreto de su fuerza está en el instinto de imitación que tienen el niño y el joven. A ello se añade el poder de sugestión que ejerce cualquiera que está aureolado del prestigio de autoridad: los padres, el maestro, un compañero, un

superior; sugerencias que están en proporción con la impresionabilidad del educando. Por este motivo se debe recomendar una sabia elección de maestros, compañeros y amigos. Si el maestro, en vez de contribuir a la formación del sentido moral, contribuyese a su deformación con doctrinas falsas en materia filosófica o religiosa, es necesario contrarrestar este malévolos influjo sugiriendo antídotos o contravenenos, como la selección de otros maestros, de buenos amigos y consejeros, el estudio personal, el fortificar y templar el espíritu en la práctica de la religión.

El segundo factor que el maestro y pedagogo debe tener en cuenta en la acción educativa está constituido por el «libro» o por los impresos en general, porque éstos son vehículos de las ideas. No será acaso obra de un día, pero poco a poco el pequeño germen arrojado, bueno o malo, se convertirá en robusto árbol. Las ideas leídas se asimilan y se traducen en vida práctica y vivida. Son las ideas de los pensadores solitarios las que guían al mundo humano. Hoy, sobre todo la política, está basada en una ideología o mística que intenta adueñarse de todo hombre.

«Alcalhete fué el libro y quien lo escribió» (*Divina Comedia, Infierno*, can. V), dice Dante de la novela que induce al adulterio a Paolo y Francesca (2). Descartes ha producido racionalistas; el Iluminismo y el Enciclopedismo, violentos revolucionarios y hombres irreligiosos; Marx, comunistas; Schopenhauer, pesimistas; Kant, idealistas; Nietzsche, superhombres despóticos; mientras que el Evangelio, la *Imitación de Cristo*, los Ejercicios del español San Ignacio de Loyola, han dado al mundo cristianos perfectos, los héroes de la virtud y del deber.

Por lo tanto, el libro es, como el ambiente y la escuela, un factor de capital importancia en la obra educativa y re-constructiva para lograr la paz y hacerla duradera entre los individuos y los pueblos. En el alma infantil, como en general en el alma de todos los pueblos y especialmente en la de las generaciones jóvenes, el mundo externo entra, a través de la ventana de los sentidos y de la fantasía, con las ideas. Una idea repetida, o casi permanente, tiende a exteriorizarse en el acto correspondiente. El acto externo corresponde a una ima-

(2) El verso del Dante quiere decir que la novela leída por Francesca y Paolo tiene por autor a un cierto «Galeotto», palabra que en italiano significa también hombre malvado: el libro y el autor eran malos.

gen, a una idea; radica en la imagen o idea de la cual es una manifestación; la idea arraigada se enriquece a expensas de las demás, se convierte en la *única forma mentis*; y de la *forma mentis* a la *forma vitae* hay un breve camino. Así, mediante la educación, se ha venido formando el mundo interno, psicológico y moral, que es el reflejo del mundo externo, de las pasiones y de las virtudes en el cual se vive.

Otro factor de la educación de la sensibilidad moral, sobre el cual debe insistir mucho el maestro y modelador de la conciencia, es el propósito o resolución. Los jóvenes, sobre todo, deben ser encaminados por la vía de los propósitos y resoluciones, preparándose desde el primer año de reflexión para un plan de trabajo concreto y efectivo. La utilidad del propósito no es afirmada solamente por los maestros de la vida espiritual, sino también por los filósofos como Séneca y Al-Gazzali, y hoy por todos los que cultivan la psicología experimental. Los propósitos son en realidad ideas-luces, ricas y complejas, encarnadas y vivas, que arrastran a la acción. La resolución es el acto verdaderamente humano; el resto lo es en función y en relación con ella (de aquí la tesis expuesta comúnmente por los moralistas de que el acto externo no añade moralidad al acto interno, es decir al propósito en cierto sentido). Es una fuerza rica, encarnada, considerada como realizable; sirve para debilitar las ideas contrarias y para vigorizar las favorables. Un bello elogio de la acción educativa de las resoluciones se encuentra en el Evangelio, en la parábola del hijo pródigo: *Surrexam et ibo ad patrem et dicam ei... et surrexit, et iuit, et dixit*.

Aunque la actuación de una resolución sea lejana, ella está preparada por el propósito: transmitida la orden, las reservas de fuerza se acumulan en los centros nerviosos y, llegado el momento, esta fuerza, enriquecida por una larga maduración, se lanza a actuar, facilitando el trabajo.

II) *Factores sobrenaturales.*

Una ventaja que presenta la educación religiosa sobre la laica y aconfesional es la abundancia de medios que pone a disposición del educador en su difícil misión de formar la conciencia. Intento naturalmente referirme a la única forma de religión positiva revelada por Dios, que es precisamente el cristianismo de la Iglesia católica, que ofrece a la acción educativa medios de orden sobrenatural, como la oración, la fre-

cuentación de los Sacramentos y la meditación u oración mental. En los Sacramentos de la Confesión y la Comunión especialmente, hay dos potentes instrumentos de formación y rehabilitación que deben tener en cuenta aquellos que se preocupan por la suerte de la paz y de la reconstrucción integral.

En resumen: cuiden los educadores de no olvidar en el factor moral el religioso del cristianismo. La vida sin moralidad no es vida digna de los hombres; pero sin religión, la moral es inmoral.

El fin del presente estudio es aclarar la naturaleza y la importancia de la educación del sentido moral; la educación, importante en todo tiempo, lo es especialmente hoy en que hay que reconstruir todo un mundo, y ninguna reconstrucción material es posible sin las bases sólidas de una educación moral, sin haber repuesto con los debidos honores los valores morales y espirituales de la vida y del hombre.

Se ha visto que la formación del sentido moral es el desarrollo armónico del germen innato, inserto en la conciencia de cada uno con la naturaleza del ser racional; es la formación de la voluntad con sus tendencias, de la inteligencia y de la imaginación con su sensibilidad y sus instintos.

Ahora bien: el maestro debe continuar esta acción educativa hasta hacerle alcanzar las más elevadas cimas al alumno. Lo exige la obra gigantesca de la reconstrucción. El joven, sobre todo, debe aspirar a un ideal excelso: la juventud es la edad de los impulsos, de los entusiasmos, del heroísmo. A los jóvenes verdaderamente dignos de este nombre no se les puede proponer como meta encaramarse a un árbol, a un muro, a una colina; quien así hable no conoce a fondo a los jóvenes ni los recursos inagotables del alma juvenil; se diría que nunca ha sido joven. Las metas que hay que señalarles son las cumbres de los montes, de los Alpes, de los Pirineos, que parecen tocar el cielo.

Otro paralelismo, sacado de las tres almas de que habla Platón, ayudará a ilustrar esta idea.

Tenemos en el organismo humano, si no tres almas, sí tres facultades o potencias, casi tres planos, uno superior al otro por categoría y dignidad. El plano inferior es el plano abdominal, llamémoslo así. Sirve para la conservación de la vida del individuo y para asegurar la continuidad de la especie. Este plano no hay que construirlo; esta actividad no necesita ser fomentada ni desarrollada: la naturaleza se encarga de hacerlo todo. Antes bien, necesita ser contenida

dentro de ciertos límites porque el instinto tiende a sobrepasarlos.

La segunda zona es superior a ésta: es la zona del pecho o tórax, del corazón y de las pasiones; podríamos llamarla la sede del valor. Es preciso desarrollar y promover esta vida y actividad, pero en orden al tercer plano, el de la cabeza (el *caput* y sacerdocio de la vida), la vida intelectual y moral. En la cabeza se halla el cerebro, órgano de la imaginación y condición indispensable del acto intelectual y volitivo. Ahora bien, la segunda zona del organismo, la del valor y la caballerosidad, hay que desarrollarla para ordenarla a la tercera, a la vida intelectual y moral. La acción educativa debe saber plasmar las almas juveniles de modo que sientan la necesidad de vivir un ideal excelso, con impulso y con pasión, con valor y caballerosamente; necesita hacer de todo joven un caballero del ideal, de un elevado ideal moral.

Necesita proponer a los jóvenes una meta elevada, habituarlos a elevarse sobre el pestífero cenagal de la mediocridad para respirar las auras vivificadoras de las cumbres. *Los padres y cualquiera que tenga la misión educadora deben cultivar en los hijos y en los alumnos un ideal sublime que sea contemplado con pasión.*

La pasión es un sentimiento que tiende al estado violento y crónico; es el estado afectivo, corresponde a la idea fija del orden intelectual. Es un fenómeno de la *psiche*, que surge detrás de un deseo del sentido o del espíritu, que se remonta a lo más alto del alma por medio de la idea fija; donde se queda, se desarrolla, se enriquece a expensas de todas las demás ideas, para volver a descender como una avalancha al organismo, aglomerándose con toda la energía efectiva y arrastrando, al pasar, a todo obstáculo.

Puede ser buena o mala; mala cuando tiende a un bien parcial, inclinándose hacia la realización de un placer en desacuerdo con un bien superior y universal. Teniendo por fin el placer, o la utilidad, rompe la armonía del hombre y sus relaciones con la sociedad y con Dios; por tanto, tiene por fin un bien falso, una quimera.

La pasión buena tiene por fin un bien universal, superior, racional, comprendido en el deber moral, aunque sin esperanza de recompensa, una vida digna del ser racional, del ciudadano, del cristiano.

Por lo tanto, el educador debe saber desarrollar en el pe-

cho del educando una pasión buena, que le haga superar la mediocridad, que le haga vivir un ideal con ardor, de modo que no sienta el peso de la dificultad y no diga nunca: ¡basta, es demasiado!

Así fueron plasmados los héroes y los santos; por esto, para los generosos la prisión fué regia, el patíbulo un trono. Para ser grande en cualquier cosa es necesario aspirar con pasión a un ideal elevado. Aspira Ignacio de Loyola apasionadamente a un ideal elevado, la gloria de Dios, y su corazón se hace mayor que el mismo mundo; quiere Giovanni Bosco el ideal elevado de salvar a la juventud, y de su espíritu brotan tantas obras buenas; se decide San Juan de la Cruz a pronunciar el *patri et contemni pro Te*, y encuentra delicia en el dolor y amargura en el placer. César tenía una gran pasión en el cuerpo y un elevado ideal en el corazón: la grandeza de la Patria. Lo mismo se puede decir de Felipe II, de Juan de Austria, de aquel que la Providencia ha puesto en el momento crucial que el mundo atraviesa a regir la suerte de España. Si él encuentra fuerza para sobreponerse al ingente trabajo que muchos no podrían soportar es porque le sonríe continuamente delante de los ojos la luz de un ideal grande: la grandeza de España, en otro tiempo reina del mundo; y porque le arde en el corazón apasionadamente una llama viva: el amor a este pueblo de trabajadores, de navegantes y colonizadores, de artistas y de santos.

Edúquese el sentido moral de los jóvenes de modo que sea el sentido del deber, de la responsabilidad, el sentido cívico y religioso, que habitúa a mirar, aunque esto va acompañado de sacrificios, bajo un reflejo que hace amarlo apasionadamente, siguiendo el ejemplo dejado por los mayores.

Edúquese a la generación presente, nacida bajo la preocupación y el colapso moral de la guerra, en el deber de las cosas grandes y pequeñas, a la luz de un ideal seductor, de un ideal encarnado, deseado, rico y complejo, de modo que sea la pasión sublime la que transporte en alto sobre las cimas, con el vuelo del águila, con un programa de vida moral, hecha de anhelos de fe y de palpitaciones de esperanza. Ante todo, la esperanza de que con nuestro trabajo, aunque oculto, preparamos un porvenir mejor a nuestros hijos y nietos, y haremos brotar entre las ruinas acumuladas por la guerra la flor inmortal de un progreso más humano y más civil.